



PABLO DE SANTIS

EL
MINISTERIO
DEL
~
SUENO

Ilustraciones de
CARLOS BAROCELLI

minotauro ilustrado

PABLO DE SANTIS

EL
MINISTERIO
DEL ~
SUEÑO

Ilustraciones de CARLOS BAROCELLI

minotauro ilustrado



Uno

Cuando las luces de los otros ministerios se apagaban, las ventanas del Ministerio del Sueño se encendían. Víctor Levit llegaba puntual, a las diez de la noche, con un termo de café y algún paquete de galletitas. A veces, la señora Abad, su jefa, a quien todos llamaban «la abadesa», entraba en su oficina para conversar con él, pero nunca de sueños, sino de cosas reales. A las once empezaban a llegar los dibujos de los sueños.

La mayoría de los anticipadores eran adivinos o científicos. En el Ministerio convivían quirománticos, tarotistas, neurólogos y expertos en acertijos y palabras cruzadas. Levit, en cambio, era maestro de escuela. Solía decir que la mala caligrafía de sus alumnos lo había acostumbrado a la búsqueda de significados ocultos.

Una mañana de invierno, mientras viajaba en subterráneo hacia la escuela donde tenía

a su cargo el cuarto grado, Levit leyó en el diario el aviso que cambió su vida. Era una convocatoria del Ministerio para incorporar nuevos anticipadores. Los postulantes debían descubrir en un conjunto de cien símbolos cuál era aquel que no respondía a ningún



EL MINISTERIO DEL SUEÑO

patrón. Al regresar del trabajo, Levit decidió probar suerte. Lápiz en mano, tachó aquellos símbolos que formaban constelaciones de sentido (algunas simples, otras complejas) y al final obtuvo la figura correcta: la silueta de una ballena. Recortó el juego, lo envió por



correo y lo llamaron de inmediato. La misma señora Abad lo entrevistó y lo contrató. A Levit no le gustaba la idea de trabajar de noche, pero el Ministerio le ofrecía el triple de sueldo que en la escuela. Además no tenía esposa ni hijos. Era joven y podía acostumbrarse a los cambios. Aprendió a dormir de día y a trabajar de noche.

El corazón del Ministerio era el Leviatán, la gran máquina que habitaba los subsuelos y que captaba los sueños de la ciudad. A través de los distintos departamentos del Ministerio, las imágenes inconexas de los sueños se convertían en tarjetas con dibujos esquemáticos que aspiraban a ser símbolos. Y Levit era uno de los anticipadores: los encargados de ver si esos dibujos formaban algún patrón que pudiera anunciar un Acontecimiento. Se llamaba Acontecimiento a todo aquello que convenía evitar.

EL MINISTERIO DEL SUEÑO

Las tarjetas con las que trabajaba Levit tenían en el frente una imagen del sueño y en el dorso el momento y el lugar donde había sido capturado. Una vez que empezaban a llegar las tarjetas, Levit prestaba atención a dos ejes: la recurrencia simbólica y la coincidencia espacial. Cuando varias personas habían soñado sueños semejantes en una misma zona, Levit estudiaba si existía alguna catástrofe en ciernes.

Uno de los mayores triunfos de Levit se produjo pocos días después de entrar en el Ministerio. Había descubierto un patrón en torno al parque Holmberg, en el sur de la ciudad. El parque contaba con un espejo de agua artificial, donde los niños jugaban con barcos a vela. Levit le mostró a la abadesa cinco dibujos, todos correspondientes a sueños atrapados cerca del parque. Hay que reconocer que el patrón

no era claro, ni Levit era claro para expresar su descubrimiento. La señora Abad encontraba arriesgado poner en marcha una Intervención —esto es, enviar a la Policía del Sueño— teniendo una constelación formada por un pato blanco, una carta manuscrita con las letras des-



EL MINISTERIO DEL SUEÑO

teñidas por el agua, piedras, un impermeable y la luna reflejada en un estanque.

—No es un patrón —sentenció la abadesa.

Levit insistió, a riesgo de que lo echaran, ya que era escandaloso que un recién llegado mostrara esa obcecación. La señora Abad se negó a avisar a la Policía del Sueño. Pero Levit estaba tan seguro de su descubrimiento que al salir del trabajo, al amanecer, en vez de ir a su casa se encaminó hacia el parque. Llegó a tiempo para ver a una mujer de impermeable azul que se hundía de un salto en el lago artificial, con los bolsillos llenos de piedras. Levit metió los brazos en el agua oscura y consiguió sacarla. La mujer lo insultó y le arañó la cara. Días después apareció en el quinto piso, le pidió disculpas y le dio un regalo. Era un frasco de perfume francés cuyo nombre, L'Eau Verte, Levit consideró una secreta referencia

a la aventura que habían compartido. Nunca volvió a verla.

A partir de entonces, las lecturas de Víctor Levit, por alocadas que parecieran, fueron tomadas con gran seriedad, sobre todo por la abadesa.